



RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD



**De noche iremos,
de noche.
Que para
encontrar
la fuente,
solo la sed
nos alumbra.**

San Juan de la Cruz

¡Dios mío, Dios mío,
¿Porqué me has abandonado?
A pesar de mis gritos mi oración no te alcanza.
De día te grito y no respondes,
de noche y no me haces caso.

Tú me sacaste del del vientre de mi madre,
¡No te quedes lejos!
El peligro está cerca
Y nadie me socorre.

(Del salmo 22)

Hay gritos de tristeza desesperada que revelan un dios lejano que no escucha. Un dios "sin corazón" que contempla impasible los sufrimientos más horribles que puede vivir el ser humano. El hombre sin fe no puede gritar de otra manera porque carece de horizonte alguno de esperanza. Desgraciadamente son muchos los que sienten así.

Pero hay otra forma de dirigirse a Dios el día de la desgracia. Es el grito del que sabe que "no hay Dios como nuestro Dios", un Dios que perdona setenta veces siete y hace que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. Para poder orar así hay que creer en el poder regenerador de Dios, en su amor gratuito y en su infinita misericordia. Escucha las conclusiones a las que llega Job, después de librar la gran batalla de la fe:

"Reconozco que lo puedes todo,
que ningún proyecto te resulta imposible.
Dijiste: "¿Quién es ese que duda de mis designios,
sin saber siquiera de qué habla?"

Es cierto, hablé de cosas que ignoraba,
de maravillas que superan mi comprensión.
¡Señor!, te conocía sólo de oídas,
pero ahora te han visto mis ojos,
por eso me retracto y me arrepiento,
echado en el polvo y la ceniza.

(Del libro de Job)

